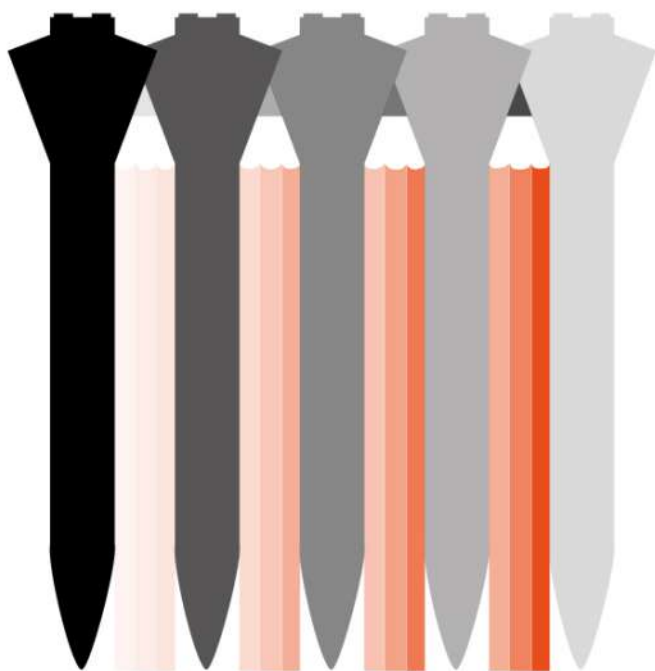


MILAN M.A. GONZALES
INVASIÓN
POESÍA Y PERIODISMO



ILUSTRACIONES POR ALEX SUBKOFF



libertalia
editores

MILAN M.A. GONZALES

INVASIÓN

Concepto:
Milan M.A. Gonzales

Diseño:
Carla Despot
Juan Manuel Arriarán

Portada:
Alex Subkoff

Invasión
Copyright © Milan M.A. Gonzales, 2025

Primera edición digital
Publicada el 24 de febrero de 2025 por:
Copyright © Página 7
Copyright © Libertalia Editores

Ilustraciones:
Copyright © Alex Subkoff, 2025

Fotografías:
Copyright © Milan M.A. Gonzales, 2025

ISBN: 978-3-9823215-5-4

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, electrónico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial y/o autor.

MILAN M.A. GONZALES

INVASIÓN

POESÍA Y PERIODISMO



libertalia
editores

CONTENIDO

9	Prólogo - La mirada múltiple de Milan
11	Prefacio - "Invasión": A la medida de la Gran Puerta
13	Poesía
15	La Hora
17	Siervo Inútil
18	El Jardín
20	El Todo
21	El Patriota
23	El Vagón
25	Reconstrucción de la Utopía
26	Supervivencia
27	Tegel en Lviv
29	Cuando la palabra sana
30	Canción de Otoño
33	Carbón
35	Sirenas
36	Blockpost
38	23
40	Post mortem
43	El Silencio
44	Agujas
46	A su tiempo
49	Berta y Olek
50	Soy
51	Patria
52	La Colina
55	Reportajes
57	Corresponsal de Guerra

59	La Invasión, primer Reportaje
65	Blockpost, segundo Reportaje
71	El poder de un gesto, tercer Reportaje
77	Fotoreportaje
79	Reflections
83	Milan y la guerra, o la esencia de la bondad
110	Cortometraje "23"

PRÓLOGO

LA MIRADA MÚLTIPLE DE MILAN

Para el poeta, la palabra es un refugio, el lugar esperado, la cita pactada durante años, la obsesión alimentada durante la vigilia, la manera de entender un giro inesperado de la luz o del viento. Para el periodista, la palabra existe por el sólo hecho de contarla. Necesita sujetarla rápidamente para luego desatarla y narrar. Para los periodistas, decía el gran Gabriel García Márquez, “la realidad (...) no es sólo lo que sucedió, sino también y sobre todo, esa otra realidad que existe por el sólo hecho de contarla”.

En honor a sus palabras, con el corazón en sus principios, Milan emprendió el camino hasta la guerra injusta en Ucrania para atestiguar lo que el mundo parecía querer evadir: el atropello de una dictadura contra una nación, con la cobardía implacable de la muerte de civiles y la destrucción de todo, como si ello representara un triunfo. Y esa destrucción, ese paisaje de “humo negro” y “sirenas enloquecidas”, esos cuerpos destrozados, esas fisiologías interrumpidas, la mirada perdida de “unos lentes sin vista”, el tiempo que dejó a “un segundero condenado al olvido”, han propiciado un trabajo periodístico excepcional, un ejercicio audiovisual conmovedor y una selección de poemas que prueban también “que las palabras hacen milagros”.

Con una mirada impetuosa y múltiple, con enorme valentía, Milan cumplió con su encomienda como periodista en Ucrania: si el reportaje tiene que ser la verdad hasta la última línea, los suyos nos dieron la veracidad de estas horas aciagas: atestiguó las largas horas de espera para cruzar la frontera, para abordar un tren, para

recibir un chaleco antibalas, para recibir la solidaridad de voluntarios y países que defienden la esperanza de una nación que ha puesto por encima de todo su integridad y su libertad. A través de la crónica puntual de hombres y mujeres empeñados en defender la vida ucraniana, Milan nos dio piezas magistrales publicadas en Página Siete en las que mostró a “los que huyen y a los que no quieren irse”, a los que “honran la defensa” de una nación que no se rinde, sometida a un ataque permanente. Pero la mirada del poeta también lo registró todo y lo ha vuelto una relación del los hechos donde las imágenes se despliegan y estallan: “Sólo un lápiz que espera escribir un nombre/ dibujar a los suyos,/rayar su silencio/romper la mordaza/ huir lejos.” Milan quisiera hacer, a través del lenguaje, “una reconstrucción de la utopía” y los poemas ya no son solamente el testimonio de un tiempo sin sentido, sino el empeño de la vida misma.

A través de cada línea, el poeta apunta y registra; rompe el silencio y denuncia la “artillería de mentiras” que se abate sobre una territorio. Quizá el centro de este espléndido poemario sea ese otro territorio inmenso que representa “23”, un poema contundente que da título a la obra y que es al mismo tiempo una declaración de dolor y de esperanza.

La poesía de Milan es el testimonio de una herida que no cierra; un viaje de tinta que entre la desolación de lo perdido erige un refugio de palabras. Una poesía que pelea contra el olvido. La manera en que el corazón logra una victoria frente al ocaso.

Ernesto Velázquez Briseño
Poeta y periodista
El Universal

PREFACIO

“INVASIÓN”: A LA MEDIDA DE LA GRAN PUERTA

Me tocó conocer “Cuadros de una exposición”, la obra musical de Mussorgsky, en la versión que Emerson, Lake & Palmer grabó al vivo en 1971. Esta aproximación a la música de tradición escrita a cargo de dicha banda acercó a las nuevas generaciones, entonces renuentes a lo que consideraban como “pasado”. Luego, con la fiebre de los sintetizadores, el japonés Isao Tomita hizo una interpretación sorprendente para su momento; corría 1975.

La idea de Mussorgsky fue la de describir musicalmente los cuadros que su amigo Victor Hartmann había realizado. Lo hizo a modo de rendirle homenaje dado que el pintor murió a sus 39 años. El cuadro/pieza musical que cierra la obra en cuestión es “La gran puerta de Kiev”. Tal puerta, al menos como se la aprecia en el lienzo, no existe; en realidad, nunca fue erigida. Pero, en el imaginario visual-melómano está ahí.

El jueves 24 de febrero de 2022, Putin apuntó sus cañones hacia Ucrania, dando lugar a una vergonzosa invasión, la portentosa puerta no ha sido derribada, convirtiéndose en un símbolo de resistencia para los ucranianos. La toma de Kiev, que en la afiebrada testa del ultraderechista ruso iba a tomar cuarenta y ocho horas, no se materializó, más bien generó una defensa europea acérrima, que se manifestó unida como pocas veces en su historia.

El delirio por la sangre y el poder moscovita en suelo ucraniano es la esencia de “Invasión” de Milan M.A. Gonzales, corresponsal de guerra que con este alegato/testimonio nos permite sumergirnos en la barbarie registrada en primera persona, ahora vertida en tinta. La misma contiene otra hazaña, un cortometraje que el autor y el montajista Daniel Romero cosieron con los

retazos que el servicio secreto ucraniano no consiguió arrebatar a Milan; que por motivos de susceptibilidad, sospecho, obligaron a eliminar la mayor parte de su material fotográfico. El documental, fusión de periodismo, fotografía y poesía, es un triángulo hecho metáfora, iqué mejor arma contra la indiferencia del gobierno boliviano, y contra cualquier otro gobierno que no denuncie la sangre inocente que sigue corriendo el día de hoy! Mi misión en esta proeza ha sido la de darle voz a los versos del poema “columna vertebral” del film.

El cortometraje “Invasión”, en el que tengo la oportunidad de leer el poema-corazón de la obra condensa la angustia de una población civil cuya vida se juega en esa temporalidad y condena el afán bélico del pretencioso moscovita. Ha pasado un año de la brutal acción armada y la gran puerta de Kiev se yergue sólida y majestuosa, para perplejidad del invasor.

No faltó quien justifique –e incluso celebre- la invasión. Al extremo del cinismo, se llegó a calificar como “sentar soberanía” a la grosera invasión. Institucionalmente, el Estado boliviano se declaró “neutral”, pero en los hechos es un aliado de Rusia y de su prospecto de Zar.

“Invasión” se amalgama en la gran puerta de Kiev, la poesía en vigilia y el periodismo denuncia la masacre que no vencerá.

Puka Reyesvilla
Columnista y docente universitario

POESÍA

LA HORA

La hora es la línea vertical
que marca pendientes,
cobra víctimas sin chistar.

La hora es al génesis
como a la epístola su consonante,
ninguna se libra salvo el silencio.

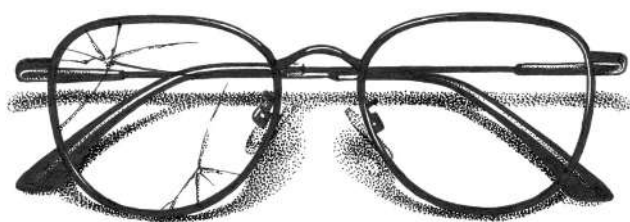
La hora,
hija única de la madre milenaria;
el tiempo.

Es la hora el rugido del volcán,
un pestañar de la divinidad,
un misil sin estallar.

La hora es incombustible,
inclemente,
arrogante ante el martilleo
de un segundero condenado al olvido.

Es similar a la lobotomía
de un carnicero,
quien hostiga a los cuerpos
en Azovstal.

Cómo atreverse a la pausa,
cómo atreverse al luto,
si ella marca la guerra
con un ejército vestido de cacería,
sin tregua.



SIERVO INÚTIL

¿Quién eres tú?
¿Quién soy yo?
¿Qué queda del nosotros?
Una maraña de privilegios,
un puerto sin mar,
un sendero hacía la lontananza,
una casa sin paredes,
una ventana sin cielo,
una cocina sin fuego,
una mesa sin patas.

Queda el humo negro,
las sirenas enloquecidas,
la paranoia de Jersón.

Queda un campo sin verde,
unos lentes sin vista,
un patio de huérfanos.

EL JARDÍN

Ventanas sin marcos,
vidrios sin reflejo,
son aquellos los sollozos de la habitación.

Las manos atadas,
los gestos mortecinos,
el abandono sin adjetivos,
es la jornada auspiciada
desde un Mar Negro,
ahogado en las memorias
de cada habitación derruida.

¡Aire! ¿Dónde queda?
en los trozos de un portarretrato,
en las cenizas de una cama?
Son las vísceras de la guerra.

Pedazos son la casa,
un jardín vacío
hasta el cemento,
un triciclo mustio hace de testigo.

Cuánto destierro existe en la vida
de un hombre sin humanidad,
es la habitación derruida
donde solo gobierna la desolación.



EL TODO

Un todo es la ausencia del vacío,
un guiño a la ausencia,
la suma de supuestos,
la opulencia del dictador.

El todo impone para bloquear el aire,
Porque las dictaduras dominan el arte del absurdo.

Es la oda del absolutismo
la que ahoga la voz del niño,
la voz del otro, la voz del pueblo,
como la hoz del Kremlin
que degüella en Mariúpol
a una madre y su recién nacido.

EL PATRIOTA

Él sabe cómo articular el diálogo,
él sabe cómo construir puentes,
él sabe que el dictador no siempre lleva uniforme.

El patriota puede ser también un migrante
un niño, una mujer,
un hombre, a quien nadie conoce.

El Vagón

Se mece el vagón,
se mece con una canción de cuna,
aceite en el engranaje
es el canto de la madre
de los exiliados hecho carruaje.

Cero grados y toque de queda,
las calles son más oscuras
cuando hay ley marcial,
no se libra ni el enemigo,
ni el vecino, ni el perro
que domina su refugio.

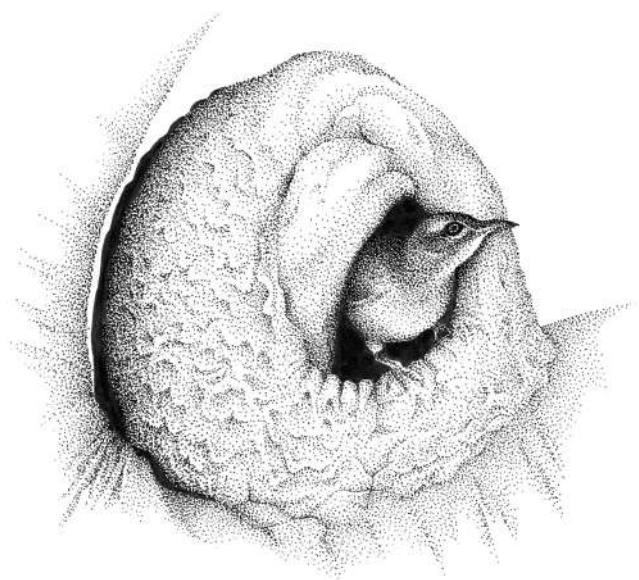
Hay que llegar entre sudor y temblores,
no sirve de nada estar enfermo
cuando la muerte te susurra.

La estación hace de pausa,
arañas colgando en la gran estación de Kiev,
la luz es bella donde se escurra.

Pasan soldados,
como pasan segundos,
como pasan las bombas,
como pasan las jornadas,
sin solución.

Un amor se despide en el andén,
ahí donde solo habitan fantasmas.

Por una vez las alarmas han parado,
es así este círculo de metal y rieles,
a unos lleva al combate,
a otros transporta a la lontananza,
a pocos a la esperanza.



RECONSTRUCCIÓN DE LA UTOPIA

El hornero busca sombra y calor
para su hogar,
vuelo tras vuelo lleva las raíces,
paja a paja su pico eleva,
barro que se viste de hogar
entre abril y junio,
tan sencilla y tan elegante es su casa,
barro es el que reluce
con el brío de sus alas,
hasta que una piedra lo impacta.

Se ha roto un nido,
se ha roto el sueño.

¿Será el próximo año?
¿será entre abril y junio, que se alce un nido nuevo?
¿será que quede barro?
¿será que quede el vuelo de un hornero?

SUPERVIVENCIA

Existen únicamente dos tipos de guerra;
una en la que se destruye al otro,
y otra en la que uno se destruye a sí mismo.

TEGEL EN LVIV

Un aeropuerto es la certeza
del reencuentro,
sobre sus pistas aterrizan sueños y rezos,
una maleta rumbo a casa,
o una casa en una maleta.

Es tan profunda la dicha como la desgracia
que reside en las venas de un aeropuerto,
en Tegel había homenajes,
en Danylo Halytskyi
se construía un Blockpost.

Los controles,
filas de espera y el hartazgo,
la sospecha es la norma,
la revisión para evitar
el desbarato.

Tanto método para evitar la tragedia,
tanta tragedia para repetir la caída,
sí cada palabra llegaría a su destino,
Berlín sería Lviv
y Tegel Danylo Halytskyi.



CUANDO LA PALABRA SANA

Curar es un regalo sin precio
¿Cuándo y cómo sanamos?

De tiempo en tiempo
las palabras hacen milagros,
la cura del alma,
la resurrección de la conciencia.



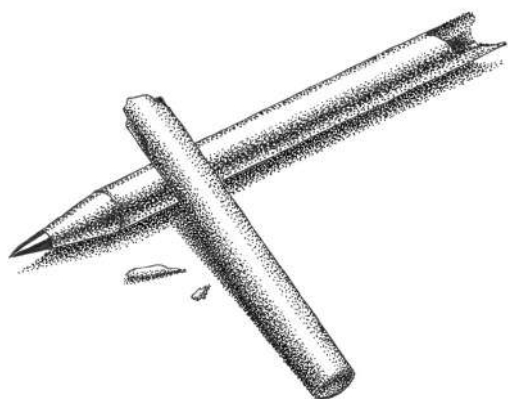
CANCIÓN DE OTOÑO

La espera de los años baldíos
en dos cajones de fotos
haciendo vigilia en bolsas para vómito.

El abandono sabe siempre a traición,
a dejar el aire seco,
la casa de muñecas,
instantáneas de un escape
de la decadencia
de los cuartos con orín de gato.

El abandono no es necesariamente olvido,
es una lección en la que se dejan objetos,
los muebles y las goteras,
la pintura y el moño en las paredes.

Salir vivo es también construir otra casa,
sin prisas, ni pesadillas,
sin angustias, ni deudas, ni más premisas
que la de no abandonarse a uno mismo.



CARBÓN

La tinta no corre en el desierto,
tampoco la sangre de los cuerpos dormidos,
no corre el carbón del lápiz,
ni hay sal que duela en la herida abierta,
ni libre albedrío en un ser sin aliento.

Solo un refugio salva del horror,
solo los ojos que leen la suplica,
solo un lápiz que espera escribir un nombre,
dibujar a los suyos,
rayar su silencio,
romper la mordaza,
huir lejos.



SIRENAS

Perforan los cristales
como la ola más alta de los mares,
agudas son sus apariciones,
un ejercicio del sonido y el caos
para amaestrar los lamentos.

Cada esquina grita
desde un parlante,
hay quien obedece
y a un bunker se somete,

a una guarida oscura,
a cualquier doblez de acero
que improvisa un asiento.

En el supermercado,
son sus corredores,
un atavío del miedo,

Miradas petrificadas que esperan
el final del suspenso,
o sencillamente el final.

BLOCKPOST

Crudo es el control en cada barricada
de nervios trizados y banderas rojas,
son las redes del juego.

Se requisa el subconsciente,
los recovecos de las naves
que flotan sobre el puente.

Tras tres horas de nicotina
y humo del chofer
se sube una voluntaria,
para acompañar la procesión.

Tras tres horas esquivando el sueño,
cómo se esquivan las balas,
cómo se esquivan las negociaciones de paz.

Un piloto se atreve a salir del calmo infierno,
regaña a quien ha osado
a abrir una tercera fila.

A veces hay que romper lo impuesto,
eso que llaman eterna espera,
porque como marca un reloj su destino,
se enferman los afectos,
se agrieta la fe.

Entretanto un arcángel
observa desde el cemento.



¿Es la humanidad una palabra sin sentido?
Arriesgar la vida para narrar,
es el llamado del deber un misterio
o es una frontera el inicio del final?

Viajar al centro del infierno
para enfrentar al demonio del hombre que caza al hombre,
es también enfrentarse a uno mismo.

Apuntar que someter a un pueblo
se ha convertido en una tradición,
que subyugar al débil es un culto a la estupidez.
Es la invasión, una pausa para el festín de los fatuos,
como es una falsa doctrina, la gran burbuja roja.

Apuntar que son los misiles un himno a la cobardía,
los que devoran el sueño del inocente,
como las campanadas de la catedral de Ulm.

¿Dónde buscan los muertos su silencio?
Dónde buscan los inocentes un respiro,
remachando maletas, cosiendo los bolsos,
añorando que el punto en la pantalla sea un hogar
dónde llegar con los suyos.

El tren disimula los lamentos a medianoche,
como un quejido entre las tinieblas,
son los vagones amordazados,
las cortinas de metal que protegen el recorrido por la
patria herida.

Artillería de mentiras es el comando,
un viaje sin regreso,
porque la guerra es para el inocente
una pesadilla de la que no se despierta.

Cada metro de riel se hace una nebulosa de acero mutilado,
esquivando la pólvora y la hambruna.
Sostiene a los huérfanos y almas en pena.

Al otro lado de la frontera les esperan voluntarios y un
refugio,
si la divinidad lo permite, también la fe.
Son los pasillos de cada furgón
un laberinto en línea recta que oculta la cicatriz que no
cierra.
Se huele el sudor seco,
la indisposición de la contienda.
Pasean los cuerpos por un chorro de agua caliente,
en el tren que escapa de la muerte.
Son los torsos desnudos de quienes pagan la infamia
del carnicero moscovita.

Cada vagón es una biblioteca,
Catálogo de lesiones y cicatrices,
súplicas enmudecidas que gritan el despojo de sus raíces.

Es la ley del absurdo,
Informar lo evidente, la ausencia de una caricia.
El vacío no es lo mismo que el abandono.

Quedan las historias sin contar,
las fotografías por revelar,
queda abrazar 23 horas de huida
y una hora de muerte de paga por jornal.

Queda un periódico por doblar,
mientras la crónica sangra tinta,

El alba se erige en la próxima estación, inefable
como el espíritu del único niño superviviente en
Kutuzivka.

Tymofiy Seidov de ocho años
campea contra los monstruos en sus dibujos
para al fin salir del sótano
a esperar el tren que lo llevará todavía
al ocaso de su infancia.

post mortem

un pasaporte en tierra de nadie

una mirada cruel

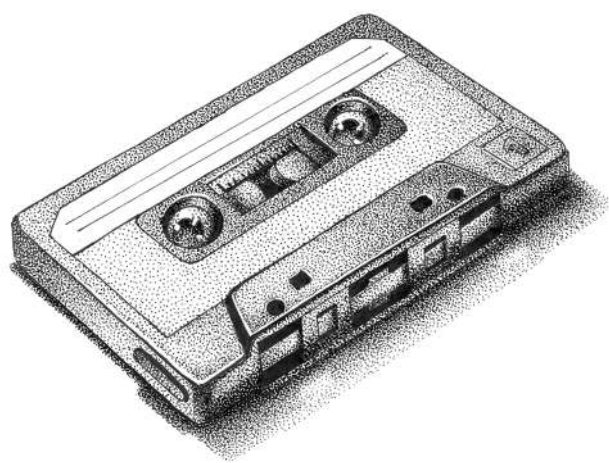
una pregunta

un sello

un destino incierto

una voz providencial





EL SILENCIO

Para abrazar el sueño,
para evitar las balas,
para dominar a la bestia,
para ceñir el estómago,
para cuidar lo sacro,
para abrigar el alma,
para vestir la calle,
para huir del invasor,
para acordar el idilio,
para firmar la sentencia,
para nacer la esperanza,
para negociar una tregua,
para perpetuar la caricia,
para atreverse a la muerte.

En medio de los escombros
un cassette protege con su vida
los afectos hechos sonidos.

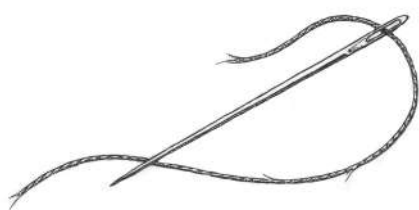
AGUJAS

Es medianoche entre Kiev y Moscú,
unos ven las noticias antes del rigor mortis,
otros recogen las cenizas de los suyos,
mientras el fuego de la vela engulle la cera.

Es una aguja la guerra que cuece los labios,
la sangre molida,
el sabor de la impotencia.

Solo las almas de los inocentes se liberan del desquicio,
del festín para los gusanos que degüellan,
también, las amarras de sus víctimas,

tal como
los lectores
de mórbida impronta
devoran los medios Boulevard.



A SU TIEMPO

Antes del milagro,
No somos.

La batalla que nos espera
no es el conflicto del otro,
es el conflicto con uno mismo.

A su tiempo cultivar el esplendor de la niñez,
la inocencia, fuente de todo bienestar.
A su tiempo la juventud,
energía vital.

A su tiempo comprender;
un padre su deber
una madre su nacer
un hijo el obedecer.

A su tiempo;
las bienvenidas,
las advertencias,
las reprimendas,
las despedidas.

A su tiempo;
el escuchar,
la gratitud,
la humildad,
el perdón,
la paz.

A su tiempo dar a luz;
así llega Veronika a este mundo;
en medio de balas y misiles,
en la única sala de maternidad de Pokrowsk.

Unos matan, otros dan vida,
son los doctores Tetiana Myroshnychenko
e Ivan Tsyganok quienes la reciben.
Alfa y omega,
nadie decide sobre la voluntad divina.

"TODO TIENE SU TIEMPO
Y TODO LO QUE SE QUIERE DEBAJO DEL CIELO TIENE SU HORA".
ECLESIASTÉS 3



BERTA Y OLEK

Oleksandr prepara un breve escape a su hogar
tras meses de ardua faena en el hostel de Lviv.

Deja su habitación de la calle Lukasha
para dar alcance a los suyos.

Oleksandr lee a Camus y Sartre,
tiene miedo a cualquier ruido,
mas agradece el tener amigos, familia y un trabajo.

“Tengo todo lo que necesito” asevera,
mientras se acerca a su entrañable Chervonohrad,
un pueblo gris,
también un pueblo orgulloso
por ser el primero en bajar un monumento a Lenin.

En su silencio,
instalado en su hogar
Olek se sienta a comer Varenyky
rellena con arándano.

Observa el horizonte mientras Berta le regala su sonrisa,
otra razón para abrazar la vida.

Soy

No soy
el objetivo de un misil
no soy
la valija de un viaje inconcluso
no soy
la decadencia de la gran ciudad
no soy
la hipocresía de la diplomacia
no soy
la mosca que duerme en la noche de su cuerpo
no soy
la psicosis que estalla con el grito de las sirenas

Soy

¡El latido furioso que precede a la vida!

PATRIA

por ti la noche en trinchera
por ti el todo perderlo
por ti las esquirlas que desgarran mi piel
por ti el honor de defenderte
por ti las cenizas en mi vientre
por ti el exilio

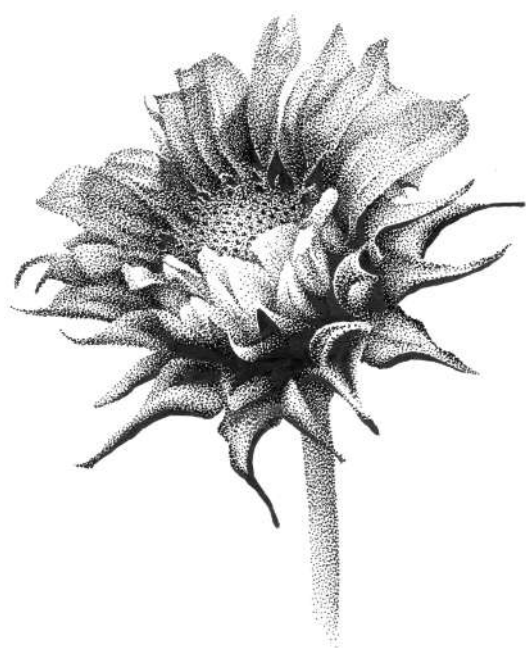
por ti aprender a olvidarte.

SIN MALA SANGRE

La guerra es absurda.
La ira es absurda.
La venganza es absurda.
¿Qué nos queda?

Perdonarme,
perdonarte,
sanar la razón,
sanar el cuerpo,
sanar el alma.

Volver a empezarla misericordia.



REPORTAJES

CORRESPONSAL DE GUERRA

No es común que alguien quiera ir a una guerra, aunque, si se trata de un periodista o un poeta, entonces no hay lógica posible. Peor aún, si una persona es ambas cosas a la vez, como es el caso de Milan M.A. Gonzales.

Para el periódico ha sido una sorpresa que el poeta y periodista Milan M.A. Gonzales haya decidido viajar, desde Alemania, a cubrir el ataque ruso a Ucrania y, fue más sorprendente aún, recibir los contenidos allá producidos y que luego se publicarían de manera exclusiva para Página Siete. Creamos un equipo para recibir los videos, los reportajes, las fotografías que el autor envió en los plazos acordados y que en varias ocasiones atendí personalmente debido a la sensibilidad del material y el contexto.

Para los lectores de Página Siete fue un privilegio haber recibido los reportajes y despachos de nuestro colega, por lo que le quedamos profundamente agradecidos.

Nos emociona saber que esas historias humanas, que primordialmente se publicaron en nuestro medio, sean parte de “Invasión”, libro y cortometraje, en el que se aprecia el trabajo conjunto de dicha misión.

Gracias Milan y gracias a tus lectores en diferentes partes del mundo, porque ellos son depositarios de tu sensibilidad.

Mery Vaca
Periodista
Directora Página Siete

LOS QUE HUYEN Y LOS QUE NO QUIEREN IRSE: CRÓNICAS ENTRE UCRANIA Y POLONIA

En el cruce fronterizo entre Medyka, Polonia y Shehyni, Ucrania, fue uno de los principales puntos de tránsito durante los primeros meses de la invasión rusa de Ucrania en 2022. Miles de personas que huían del conflicto, en su mayoría mujeres, niños y ancianos, cruzaron por ese lugar hacia Polonia buscando refugio.

En el gigante campamento, instalado en Medyka los niños reciben juguetes, una pequeña agradece el suyo mientras sostiene la mano de su hermano pequeño; las madres reciben los víveres que sus cuerpos exhaustos les permiten cargar. Son miles de almas que esperan subir en uno de los buses que los llevarán al territorio Schengen, la espera se prolonga por horas, a veces días; todos ayudan, unos cargan botellas de agua, otros asisten a personas minusválidas, un joven pastor comparte la palabra mientras es traducido al ucraniano: son escenas apocalípticas.

Estamos en Przemysl, punto fronterizo donde los refugiados llegan para ser arropados por sus vecinos polacos y europeos. Polonia ha sido impactada por este éxodo, tras la Segunda Guerra Mundial nada parecido se asemeja a este fenómeno, más de dos millones y medio de ucranianos se encuentran en territorio Schengen. La Unión Europea prevé que podrían llegar a ser seis millones los que se desplacen a lo largo de los 27 países europeos, otros han elegido destinos como Israel o Estados Unidos.

Ucrania según el censo de 2020, cuenta con 43 millones de habitantes, con una superficie de 603.550 km², el primer idioma

es el ucraniano seguido del ruso. Es un país soberano desde el 16 de julio 1990. El 1° de diciembre de 1991, con más de 90% de votos a favor, ganó el referendo que definió su independencia.

El conflicto actual comenzó el año 2013 cuando el Kremlin insistió en que Ucrania apoye económicamente a Rusia, no quería ninguna base militar en su territorio, menos que se hiciera miembro de la OTAN; si bien existen separatistas pro rusos en Ucrania, la ejecución del ataque es el *súmmum* de tantas decisiones arbitrarias del exespía de la KGB.

El Presidente ruso se quiere imponer con las armas en Ucrania, habituado a que sus ciudadanos permanezcan callados gracias a su régimen autoritario. La palabra invasión es algo que a Putin le genera fobia, prefiere justificar sus actos utilizando elementos de su historia, efectivamente Ucrania fue parte de la Unión Soviética entre 1921 y 1991. Son diversos los llamados al diálogo por parte de Ucrania mientras las tropas rusas no han dejado de atacar asesinando a militares como ciudadanos inocentes.

HONRA LA DEFENSA

Las ciudades de Kiev, Járkov, Odesa y Mariúpol son de las más golpeadas en esta acción bélica iniciada por el Kremlin. Mas el invasor Vladimir Putin, catalogado de dictador y asesino por algunos presidentes como Joe Biden, no contaba con el espíritu solidario de sus vecinos y de un planeta que, salvo excepciones como la de los Gobiernos cubano, venezolano o boliviano, se han unido para apoyar a Ucrania de todas las formas posibles.

La ciudad polaca de Rzeszow recibió quince aviones Hércules y un avión hospital para atender a heridos de guerra. Además, Estados Unidos ha posicionado al menos medio centenar de sistemas antiaéreos en dicho aeropuerto, después de que buena parte del armamento polaco fue entregado a Ucrania a un inicio del conflicto.

GUERREROS Y VOLUNTARIOS

Cuando llego a la estación de tren de Przemysl en Polonia se acerca Connor Judge, un norteamericano, profesor de Chino que viajó desde Londres hasta esta ciudad fronteriza con la misión de transportar voluntarios hasta la frontera, me consulta si voy a Ucrania, le digo que sí y me ayuda con el equipo que llevo.

Nos acompaña el traductor Sasha de Bielorrusia quien se dirige a la frontera para ayudar a quienes no se pueden comunicar en otros idiomas más que el ucraniano o el ruso. Viene de un país donde Aleksandr Lukashenko, líder autoimpuesto desde el 20 de julio de 1994 apoya a su colega de dictadura Putin. Sasha quiere aprovechar su conocimiento en idiomas para guiar a los ucranianos que pronto pasarán a uno de los países de la Unión Europea como refugiados. Connor comenta mientras maneja: "hace unos días un exmilitar inglés me dio los papeles y las llaves de su vehículo, además sus documentos personales. Me dijo que iba a Kiev pero tengo claro que no volverá. Espero poder vender el coche y donar el dinero a alguna organización que apoya a Ucrania".

EL TRAUMA DEL ÉXODO

La buena organización europea y el compromiso de millares de personas con el éxodo ucraniano han creado un corredor de esperanza que amortigua la desesperación y que abraza con sonrisas, juguetes, ropa, alimentos y atención médica a los ciudadanos que han quedado sin casa, trabajo y que desconocen lo qué será de su existencia.

En Alemania, como en otros países europeos, la eficiencia del sistema permite que los refugiados tengan papeles en regla en un par de días, techo y comida garantizados y en algunos casos incluso trabajo. El apoyo no cesa, esta acción que engrandece la esencia humana, es la razón por la que no pocos ciudadanos europeos han dejado sus cómodas vidas para centrarse por primera vez en atender la emergencia ucraniana.

Este éxodo es una de las consecuencias de la innecesaria acción que Putin quiso imponer militarmente en una tierra que lo recibió con una defensiva similar en proporciones a David y Goliat, aunque el pequeño no está solo y el grande tiene sus argumentos. Afiches en diversos lugares de ciudades como Lviv o Kiev, señalan la voluntad de un pueblo que prefiere la muerte antes que rendirse al yugo putinista. El dictador no contaba con la cadena de reacciones desde diversos puntos del planeta que se han encargado de dejarle en claro que las sanciones contra Rusia no se detendrán: ya sea congelando cuentas bancarias a sus jerarcas, o cancelando todo tipo de servicios como por ejemplo Visa y Mastercard que han dejado de operar en el país, además de Apple o la cadena de comida rápida McDonald's que ha cerrado y vendido todas sus filiales en el país comunista.

EL ARRIBO

Tras caminar más de veinte kilómetros desde la frontera, un pequeño grupo militar ucraniano consulta a un voluntario que es el último en la zona, si puede acercarme a Lviv. Jurgen, alpinista, casado y con un pequeño de cinco años esperándolo en casa, me comenta entre señales e inglés básico que son quince horas continuas las que conduce transportando a supervivientes hasta la frontera; su esposa lo llama cada diez a quince minutos para que no se duerma.

El voluntario comprende porqué muchos quieren irse de Ucrania, me comenta sobre el conocido caso de la madre embarazada que perdió la vida junto a su recién nacido hace unos días, y me invita a repetir ¡Putin khuylo! hasta que suene correctamente, una expresión muy común para señalar que Putin es un imbécil.

Jurgen no se irá. Afirma que Ucrania está más unida que nunca, él ama a su país y quiere que este conflicto acabe lo antes posible, aunque ve como ilusoria esa posibilidad, ya que considera que Putin no se dará por vencido fácilmente. Es soldado en reserva y si tiene que ir al frente está dispuesto a tomar las armas indica, aunque considera que es más útil ahora como voluntario al volante de su vagoneta.

Tras dos horas al volante y al límite de sus fuerzas, aparca su coche en el centro de Lviv e indica con voz de mando por teléfono, al joven que atiende el hostel, Sasha, para que salga a encontrarnos. Se despide con un fuerte abrazo y con la ilusión de llegar rápidamente a su hogar antes de su próxima misión.

LIVIV, EL ESLABÓN DE ORO

Si hay una ciudad donde se siente la resistencia, incluso a pesar de que varios misiles hayan impactado cerca de su aeropuerto, es Lviv. Ubicada a 81 kilómetros de la frontera con Polonia, esta ciudad resplandece por el carácter patriótico, logístico y cultural, ya que buena parte de sus ciudadanos trabajan para permitir una convivencia lo más parecida a la normalidad en jornadas donde las sirenas apenas dejan respirar.

Lviv, con 717 mil habitantes, ha recibido millares de conciudadanos de distintos puntos del país las últimas semanas;

muchos de ellos se quieren quedar en el país, otros evalúan las posibilidades de salir. Es el caso de Lesia, que acaba de llegar a la ciudad, tras escapar de los bombardeos en su natal Odessa, se siente desorientada y temerosa, comenta que desea una vida en paz y que esta invasión la ha dejado sin casa, sin embargo, no desea irse del país.

Al momento de terminar este reporte se activan las sirenas que alertan a la población sobre un posible ataque.

KIEV, ENTRE SIRENAS Y MISILES, LA CENSURA Y EL FUTURO

Llegar a la inmensa Kiev en estos días es un riesgo permanente, no solo por los posibles bombardeos sino por la insoportable energía negativa que se vive en el trayecto debido a la fortísima presencia militar. Da la impresión que algunos soldados cumplen su trabajo con patriotismo mientras otros están listos para la contienda con quien sea, todos, en medio de la impotencia de ver a los suyos, gente inocente la mayoría, siendo enterrada por misiles que rompen la noche, la calma, y la existencia.

LA ACADEMIA Y UN CINTURÓN

Andrii Shalabai estudió cinco años en la academia de policía, después de un tiempo en las fuerzas del orden de Kiev y, tras sufrir un accidente en la pierna izquierda, decidió dedicarse al mundo del entretenimiento donde se desarrolló tanto en relaciones públicas como en el área de producción.

“No todos los que entran a la policía tienen la formación que la academia ofrece, hoy en día algunos tienen un entrenamiento de meses y parecería que con eso les basta” —responde a la interrogante sobre cierto nivel de agresividad de parte de la policía que se observa en algunos puntos de las ciudades ucranianas.

Habla disculpándose cada par de minutos por su inglés, abatido por el cansancio de su actual trabajo, que consiste en ayudar a quienes escapan de la guerra y se dirigen de Kiev a Lviv, esta vez compartimos el tramo de Lviv a Kiev. Andrii ayuda a quienes serán denominados “refugiados” en una semana maneja un vehículo de una empresa de alquiler de coches; una vez que llega deja el vehículo y regresa en tren por la noche. Es bastante agotador, pero hay que ayudar como se pueda,— afirma quien ha tendido una mano a muchas familias para

escapar de la guerra. La empresa en la que trabaja le hace un pago simbólico con el que además ayuda a sus padres que se encuentran en Kiev. Casado y sin hijos, su prioridad es proteger a los suyos. Pese al cansancio, comparte risas conmigo cuando le cuento que olvidé el cinturón en el hotel por salir corriendo para no perder el tren. No solo se ríe, sino que me regala el suyo sin pensarlo dos veces, un cinturón de la academia de la policía ucraniana.

LA GUERRA DE MIS HIJOS

Tras mi arribo a Kiev y una primera caminata de media hora, un voluntario se acerca con una risa irónica, me pregunta dónde me dirijo, le señalo el norte en mi celular, me dice que puede llevarme una tercera parte del camino, indicándome que luego debo cruzar el Puente Norte caminando y que después debo volver a buscar algún medio de transporte que quiera llevarme. Vaya ingenuidad la mía, los controles en estos días para cruzar dicho puente pueden llegar a durar tres horas o más.

Sasha, arquitecto de profesión, me indica que desde hace un mes colabora transportando a periodistas y a quien haga falta por la ciudad. Cuando me preparo a disparar una fotografía cubre mi objetivo, indicándome que podemos tener serios conflictos, me explica que el gobierno no quiere mostrar ningún punto que haya sido bombardeado o puntos que los militares consideren estratégicos.

Me deja antes de una curva y me pide que me haga una foto con él, para lanzarme a los menos tres grados bajo cero y una caminata de media hora para atravesar el puente emblemático, con una longitud de 816 metros, cuyo nombre hasta 2018 era Puente de Moscú, oportuno rebautizo le hicieron al guardián del río Dnieper.

Al terminar el breve periplo hago dedo aunque no veo coche que se atreva a detenerse. Tras otra media hora frena una vagoneta blanca, saluda quien luego se presentaría como un coronel retirado del Ejército ucraniano.

No me queda más que imaginar el significado de sus palabras en ucraniano, logro comprender que fue a la guerra de Afganistán, ésta no es su Guerra, sino la guerra de sus hijos,

ambos militares, me da a entender. Me deja con precisión en el punto que marcaba mi mapa en el corazón del norte de Kiev, donde caigo en cuenta que sin su colaboración hubiera sido impensable atravesar los controles de seguridad que solo un exmilitar en renta y con un alto rango podría sortear.

Me encuentro en Troieshchyna, al norte de Kiev, donde los misiles de Putin atacaron la planta termal TPP-6, la misma provee de agua caliente y calefacción a los ciudadanos de dicho distrito, en el cuarto día de la invasión rusa a Ucrania. Me entero de un vecino que se encontraba en su balcón cuando impactó un misil en su edificio, perdió la pierna y horas más tarde falleció en el hospital.

Después de recorrer la zona, hago una pausa y tomo un taxi que me transporte durante la jornada, lo primero es regresar a través del mismo puente, esta vez serían dos horas y media de espera. Los vehículos son requisados y la documentación exigida por militares, al inicio y al final del puente. Se observan minas anti tanques en el mismo, un conductor sale irritado gritando a la conductora de un vehículo que se acercó demasiado abriendo una tercera vía, se mantiene una tensa calma.

BLOCKPOST Y EL SERVICIO SECRETO

Son siete las horas en taxi maniobrando junto a Ruslan, el chofer que me lleva a los puntos que fueron bombardeados, pasando por controles de todo tipo. Los ciudadanos en general y en particular los militares los denominan blockpost, algunos tienen forma de barricada, otros están contruidos por buses o neumáticos, los hay tipo búnker, casi todos controlados por militares. Existen también grupos organizados, algunos son de temer —indica el conductor, mientras fuma un cigarrillo tras otro, es preferible la nicotina estos días en los que no hay alcohol, —advierte sonriente.

Pasamos tantos controles que se pierde la cuenta, en algún punto nos detenemos para tomar un café desabrido. La propietaria le pone todas las ganas para vender los contados productos que le quedan, las tiendas ofrecen galletas, agua, algo de pan, se siente la hambruna que puede tocar a los estómagos ucranianos de extenderse el conflicto, lo mismo con las farmacias, las pocas que están abiertas tienen largas colas.

Ruslan cuenta que de niño lo primero que aprendió a hablar fue el idioma ruso y que habla también ucraniano, lengua que tiene más elementos de polaco que de ruso, -explica el piloto de la nave. De repente una furgoneta blanca nos adelanta, arremete en nuestro carril bloqueándonos el paso y nos obliga a frenar. Es el servicio secreto, se dirigen directamente hacia mi persona y me solicitan que les enseñe las fotos y videos que tengo, me explican en el inglés que pueden que son fotos que comprometen diversos puntos sensibles y considerados como blancos militares para los rusos, amplian las fotografías y me indican con detalle qué lugares no deben verse, me solicitan que las borre, y luego que las elimine completamente del basurero digital. Comprendo su explicación, hay que respetar las órdenes sin chistar, es un pueblo bajo ataque permanente.

ANTIBALAS Y POESÍA

Mientras registran mis datos y fotografían mis credenciales en el enésimo blockpost de la ciudad, una joven se acerca al coche y consulta amablemente si la podemos acercar a cierto distrito de la capital. El chofer me consulta, ella sube a los pocos segundos y empieza a comentar su misión: trabaja con un grupo secreto de civiles que producen chalecos antibalas, no pueden dar su ubicación y menos comentar detalles. Ella es obediente y comprende el peligro. Cuenta que ahora están confeccionando chalecos especiales para colocar munición.

Violeta escribe poesía, -aclara y añade que apenas acabe la guerra quiere dedicarse a diseñar su línea de ropa, tiene un plan de negocios y toda la voluntad de quien sabe que para vestir los sueños de realidad hay que darlo todo. Su jefe se comprometió a darle una mano con una de las máquinas con las que confeccionan los chalecos.

Le agrada mucho el idioma español y la comida condimentada, mientras conversa sin necesidad de preguntas, conoce muy bien la ciudad y me advierte, que si bien acaban de ampliar una hora el toque de queda, es peligroso estar en la calle después de las 21:00 horas, porque los soldados consideran que pueden existir espías o soldados rusos entre los civiles, además de otros tantos peligros. El 27 de enero el soldado ucraniano Artem Riabchuk, tras haber recibido su fusil de asalto Kalashnikov, mató a cuatro

soldados y un civil en una fábrica aeroespacial ubicada en Dnipro.

HACIA DÓNDE ES EL FUTURO

Heorhiy y Mariia son un matrimonio que vive al norte de Kiev, cerca de donde cayó otro misil. Mariia pasea a su perro Oscar mientras lee las noticias. No es solo Putin o el Kremlin, son también los soldados rusos y parte de la población rusa. Hay niñas y niños, además de mujeres violadas por los militares en nuestro territorio, —indica Mariia indignada.

Ella empezó a trabajar a los doce años y luego se recibió como técnico superior en Turismo. Viajar le agrada tanto, que se desplazó al menos una decena de veces a Alemania. Su padre fue un militar que participó en la Guerra de Afganistán, fue dos veces, mas su corazón no resistió un mal congénito. Ella creció comprendiendo ese mundo, luego se licenció en Seguridad Cibernética y ahora quiere seguir estudiando algo como psicología, lo que le permitiría ayudar a su gente y a sí misma, o caso contrario hacer una carrera militar. Quiere un trabajo estable, su esposo es un oficial especializado en artillería, una pieza clave en la defensa de su país.

Mariia considera que la guerra debería acabar este año, asevera que existen intereses de todo tipo. ¿A quién le interesa un conflicto a largo plazo?, —afirma con la seguridad de un militar, mientras su esposo cree que esta situación se puede extender por años.

Si bien el ejército ucraniano está adquiriendo el equipo y armamento necesario, no se sabe con qué sorpresa vaya a atacar Rusia, lo que incluye armas químicas y biológicas, —comenta mirando al vacío. Sucede que los soldados rusos se han dedicado a atacar incluso durante las conversaciones de paz o mientras se negociaban corredores humanitarios.

Heorhiy es optimista, aunque sabe lo que es el miedo, mientras que su pareja se considera realista. Comparten a Oscar, un American Staffordshire, el tercer miembro de su hogar, a quien consienten y quien les da alegría y compañía, en particular a ella que es quien sufre las prolongadas ausencias de su marido, que debe cumplir con su deber hoy más que nunca en la historia de su amada Ucrania.

A Mariia le interesa el futuro: crecer, aprender, seguir estudiando, quiere estabilidad, de momento todo eso suena a utopía. Mientras dialogamos tanto en las calles como en su celular se activan las alarmas. Ella siente la incertidumbre como aquel papel que abre en un chocolate y que reza: "Tu pasado debe dar encuentro a tu presente para resolver tu futuro".

LIBROS PARA LOS NIÑOS UCRANIANOS Y OTRAS CRÓNICAS DE UN PAÍS EN GUERRA

Son casi tres semanas recorriendo puntos fronterizos entre Polonia y Ucrania, atravesando en tren el territorio ucraniano, dialogando con decenas de voluntarios, refugiados y ciudadanos que hacen lo posible por tener una vida normal en un país invadido desde hace más de un mes, compartiendo con colegas de diversas nacionalidades, aprendiendo a balbucear el idioma, despertando en paranoia por la madrugada tras escuchar las sirenas. Son decenas de controles militares por los que atravesamos junto a Bodja, chofer y asistente, 16 horas en trenes compartiendo con quienes huyen del terror, comiendo con ellos, durmiendo con ellos, viviendo esta pesadilla causada por la decisión de un solo hombre que quiere doblar la voluntad de un pueblo.

EL VIAJE SIN FIN

Viajar por la noche suele ser una aventura, otras veces un desafío que alerta tu sentido de supervivencia, tomar el tren de Kiev con destino a Lviv es eso, llegar a la estación fuertemente custodiada a las nueve de la noche en punto, hora en la que se active el toque de queda en la capital ucraniana, y donde los militares salen a hacer una "limpieza" cada noche, según indica un voluntario. La sensación de vacío es grande. Cunde un cierto temor por la vida cuando las calles se tiñen de negro, hay que acelerar el paso.

En la estación de trenes de Kiev, la sala de espera para pasajeros de primera se ha convertido en una gigante guardería que centra sus recursos en hacerles el momento más agradable a niños, quienes corretean libremente en dicha área. Muchas veces, la comunicación se hace compleja,

señales, dibujos, todo sirve para hacerse entender, dos policías me solicitan que vaya a otra área, cuando advierten que tengo una credencial de las Fuerzas Armadas y solicitan a los responsables que me dejen trabajar en dicha zona y que me faciliten internet, predisposición, a veces sin palabras.

El tren en esta ocasión es distinto, no hay mantas selladas en bolsas plásticas y entregadas para cubrir las colchonetas y almohadas para dormir, son miles de ciudadanos que han estado usando estos servicios para aproximarse a su destino. Efectivamente, las condiciones higiénicas no son las óptimas y esto también afecta a la salud empobrecida de quienes huyen de la muerte y la hambruna.

En los vagones hace calor sofocante, las cortinas se bajan y gentilmente explica una asistente que las luces serán apagadas, esto para evitar ataques al tren. Dormir en dichas condiciones es un absurdo, tras unas horas pasan algunos pasajeros con poleras o torsos desnudos, para lavarse en un baño que será el último donde tengan agua caliente probablemente por días.

LA ESPERA

Todos esperan en las estaciones, unos esperan a alguien que los recoja, otros un tren con destino a una ciudad fronteriza, algunos sin saberlo, darán encuentro a la muerte como las más de 50 víctimas fatales en la estación de Kramatorsk hace un par de días. Para eso no son efectivos ni los controles militares, ni las revisiones, no hay quien detenga un envenenado misil sino son los sistemas de defensa antimisiles, que no siempre son efectivos.

Bodja espera mi llamada por la madrugada, está listo para que vayamos a ver cómo están los trabajos en el aeropuerto de Lviv, punto que fue atacado en el primer mes del asalto ruso, tratar de acceder a ciertos lugares no tiene sentido debido a las órdenes entre militares y policías que cada día son más rigurosas, nadie se siente seguro.

Vamos a un supermercado mientras las sirenas martillan los sentidos, al bajar las gradashay varias personas sentadas, esperando que pasen las alarmas, una joven está con la mirada perdida, extraviada en sus pensamientos, en la tensa calma de la guerra.

LA VOLUNTAD DE LOS OBREROS

Sylva Hermann es una fotógrafa alemana que vive en Berlín, es parte de un grupo de personas que han enviado medicamentos a Ucrania, no suficiente con ello y conocedora que parte de mi equipo fotográfico se encuentra en Estados Unidos, me envió todo su equipo para que pueda hacer mi trabajo en Ucrania.

Jonas Sjögren y su esposa han viajado desde Inglaterra para fortalecer y motivar a quienes pasan este trauma, traen juguetes y ropa, atienden cálidamente en su tienda ubicada a pocos metros de la frontera en Medyka, Polonia.

Tracy, es una voluntaria que hace todo guiada por el sentido común y la honestidad, inglesa de nacimiento, vive en Texas, llegó por sus propios medios hasta Przemyśl, se me acerca al verme mientras como antes de abordar mi tren con destino a Varsovia.

Tras unos minutos de comer en silencio, empieza a narrar: “no entiendo por qué los norteamericanos son tan poco prácticos”, me comenta que hace unos días llegó uno con 12.000 dólares en efectivo que, según cuenta, no sabía a quién darle el dinero. “Al día siguiente me dio 2.000 dólares para que decida a quién colaborar”, indica perpleja. “No comprendo por qué hay donaciones que llegan a las manos equivocadas, así como voluntarios que reciben comida y trato preferencial y no hacen nada más que estorbar”, indica indignada mientras relata que otro norteamericano llevaba dos maletas grandes, cuando le preguntó qué traía, le respondió: “soy un médico jubilado que traigo gasas restantes de mi consultorio”, a lo que ella le preguntó nuevamente, a qué ciudad, hospital o clínica quería llevarlas, sin recibir una respuesta. “No se dan cuenta que nos quitan el tiempo y la energía para otras colaboraciones y sobre todo para las personas que realmente necesitan nuestra ayuda”, comenta Tracy sin salir del asombro.

Hoy me escribe indicándome que tiene Covid. Es lo que toca lidiar a muchos voluntarios: fiebre, tos, infecciones varias por la falta de higiene. Heridas en el alma y el corazón por doquier, así como imágenes que acompañarán a muchos el resto de sus existencias.

EL PODER DE UN GESTO

Mientras estoy en una de las estaciones, desde Bolivia me escribe Carla María Berdegué, librera de profesión, me habla de lo que ella considera una utopía, lo cual despierta mi atención y dice que quiere enviarme un monto de dinero para que contacte a alguna librería que esté golpeada por la invasión donde pueda comprar libros de autores ucranianos para niños.

Un día antes de entrar al quirófano mientras estaba a la espera de una intervención de vesícula hace consiguió realizar el envío. Al día siguiente voy a tres bancos, hasta que en uno nos empezamos a comunicar gracias al traductor. Zoriana, responsable de atención al cliente comprende la complejidad de la situación y tras cinco intentos de registrarme, me indica que el sistema lee la M de mi nombre como una H. Entonces decide apoyar la causa y dar sus datos para que la cantidad de dinero pueda ser retirada con su nombre.

Carla María, se entera del cambio apenas salir del quirófano y pese a su estado de convalecencia, debe ir a hacer modificar los datos en persona, mientras tanto espero sin calcetines y con la ropa húmeda que se seca en mi cuerpo, mientras la temperatura estaba alrededor de los cero grados.

No queda tiempo, en la librería Tob Dytyacha Knyga, la colaboradora Viktoria Fershaly la dueña Luda Pridatchenko alistan la entrega de 140 libros para niños entre 4 y 12 años, los que serán pagados por el aporte que llega desde La Paz, además del servicio de mi amigo, el taxista Bodja, ahora colaborador de la misión.

Al día siguiente y tras el visto bueno de Carla María, quien sin apenas recuperarse se dirigió a las oficinas de Moneygram, estamos listos para recoger los libros e ir a la estación de trenes de Lviv, ciudad que es el punto neurálgico de salida de los refugiados y de quienes deciden quedarse en el país. Niños con frío, niños serios y apagados, niños con las manos en sus bolsillos, niños cargando alguna bolsa de su madre, (los padres no pueden acompañarlos porque deben quedarse a defender el país) niños con las caras manchadas por la comida que algún puesto gratuito les ha dado, niños cerca de mingitorios públicos, niños acurrucándose para resistir el frío, niños que aguantan el llanto para no exasperar a sus madres que se han

dejado ganar por los nervios, niños aprendiendo lo que es el silencio y que la calma es el mejor regalo que pueden darle a su progenitora cuando busca el itinerario del tren que los llevará rumbo a la frontera. De ahí, la búsqueda de una nueva vida, un nuevo idioma, una nueva cultura, una nueva mentalidad.

Ahí empezamos a vestir la utopía de realidad, los libros deben ser entregados en sus manos, recomiendo que se les indique y que tengan el chance de elegir el que más les agrade, porque elegir es lo que se les ha arrebatado de sus pequeñas existencias, muchas madres escépticas creen que los libros están a la venta, son bellos libros de autores ucranianos, libros grandes, libros llenos de colores en el gris de la guerra y en la aspereza de una estación que será la última ciudad en su patria antes de partir entre sirenas y llanto enmudecido.

Algunos los observan incrédulos hasta que contemplan a algún otro pequeño tomarlos, hojearlos, acariciarlos, abrir grandes los ojos, ahí nacen sonrisas, sonrisas que iluminan la estación, que iluminan las calles, que iluminan el día opaco y triste de un país que no se doblegará ante la brutalidad de las fuerzas rusas.

Uno de ellos, con gorra de béisbol, entre los 8 y 9 años, observa la entrega de los libros, cuando le decimos que elija el que más le agrade dice que no, gracias, le insistimos y responde con voz serena y resignada: “mamá trae mucho peso, no puedo cargarla con más”.

FOTOREPORTAJE

En 2007 fui uno de los varios artistas que presentaron obras en la galería *One Capital Hill*, en el estado norteamericano de Rhode Island. Fue en esta exposición donde conocí a Milan, Michael, como yo le llamo. Él presentaba su primer cortometraje "*Hurt*", una obra visual de poesía y versos en blanco y negro, ante un numeroso público fascinado en la galería Atrium. Aquella noche no sabía que aquel breve encuentro se convertiría en una fuerte amistad. Durante ese tiempo nos reunimos y colaboramos en temas de fotografía, edición de nuestras obras, impresión y presentación, así mismo, compartimos sobre la naturaleza, la estética, la filosofía del arte y la vida. Nuestros encuentros duraban, a menudo, unas horas en una cafetería o un par de días trabajando en mi estudio/casa, seguidos de largos periodos de escaso contacto con el paso de los años. Así es la vida cuando uno vive en Alemania y el otro en Estados Unidos.

La obra de Michael siempre ha sido una inmersión profunda en la naturaleza de la humanidad, a veces en su lado más oscuro. Así que no me sorprendió que, cuando estalló el conflicto en Ucrania, él se sintiera sobrecogido por el acontecimiento y pronto se viera obligado a ir allí por todos los medios posibles. Cuando se confirmaron sus credenciales como corresponsal de guerra, Michael volvió a ponerse en contacto conmigo. Al principio, el tema de conversación eran los equipos y la conectividad en el escenario de la guerra. Más tarde, nuestras conversaciones derivaron hacia cómo prepararse para las cosas que vería y nunca podría dejar de ver. Sabía que esto sería muy difícil para él, que es hipersensible por naturaleza. En las conversaciones que he mantenido con Michael desde su regreso, puedo percibir sus cicatrices.

Hubo un momento en una avenida de Kiev en el que una furgoneta grande pasó junto a él y su conductor y les cortó

el paso bruscamente. Segundos después, unos hombres armados salieron de la furgoneta y se abalanzaron sobre el coche. Exigieron la cámara. Michael se negó. Exigieron ver sus credenciales y ver las fotografías. ¿Qué hace uno cuando se enfrenta a hombres armados y no tiene escapatoria?

Al final se vio obligado a borrar cerca de 200 imágenes en aquella avenida. Los desconocidos alegaron motivos de seguridad y se marcharon.

El cortometraje que acompaña al libro “Invasión” se abre con una pantalla oscura y, a continuación, aparece un texto que anuncia la invasión del 24 de febrero de 2022. Momentos después, en este cortometraje de 10 minutos de duración, la escena se abre a un profundo escenario visual y auditivo. La soledad en la estación de trenes es rica en sensaciones. El verso es hondo y verdadero mientras vemos la destrucción y el fuego vivo. A través del humo casi se puede oler el combustible quemándose. Controles, controles por todas partes para conseguir comida, para atravesar la ciudad y subir al tren. El tren sigue avanzando a través de pueblos y ciudades, avanza desesperado por llevar su carga de vidas a un lugar seguro y libre. La escena a través de las ventanas no es alentadora.

La fotografía, por su propia naturaleza, detiene el tiempo. Podemos profundizar cada vez más en una fotografía y, si está bien hecha, seguirá revelando al espectador más y más detalles. Pero hay otro aspecto de una fotografía o una obra bien hecha que no siempre es evidente para muchos. Y es que una imagen o una obra bien hecha, realizada con intención, no sólo nos dirá algo sobre el sujeto fotografiado, sino que también nos dirá mucho sobre el creador. Les animo a que reflexionen sobre esta idea cuando la vean, cuando lean y escuchen, lo que Milan ha creado aquí lo amerita.

Las imágenes, la poesía y los reportajes, así como la película que componen “Invasión” comunican la naturaleza de la invasión sin necesidad de mostrar a los muertos en la calle; sabemos que están ahí. Más bien, las fotografías y los comentarios tejen un cuadro de desesperanza que se ve en los cristales rotos y el acero retorcido, y en el vacío de una noche fría. Luego está la mirada de desesperación en los ojos de la gente. ¿Cuándo acabará, por qué ha sucedido esto? Es tan fácil de leer. Barricadas y puestos de control, alambre de espino, una mujer buscando el calor de

una vela. Ahí está la fotografía de dos jóvenes soldados. Parecen preparados para lo peor, pero seguro que ni siquiera ellos saben lo que les deparará el mañana. Niños sonrientes con sus libros que aún no saben muy bien lo que acaba de pasar, ni adónde ha ido papá, ni por qué mamá está siempre tan preocupada.

Los recuerdos que formamos a lo largo de nuestra vida suelen desencadenarse en las cosas más pequeñas: un sonido, un olor, un sabor o la calidad de la luz de un día determinado. ¿Qué recuerdos desencadenantes quedarán en la mente de los que quedan. Los jóvenes arrastrarán esta herida de por vida; los muy ancianos probablemente no la sobrevivan. El tejido de los amigos, de la familia y de la sociedad se ha roto. ¿Para qué? ¡PARA QUÉ!

David Fleurant
Photographer
RISD Professor

MILAN Y LA GUERRA, O LA ESENCIA DE LA BONDAD

Una guerra sin sentido se está librando en Europa. En Ucrania, donde, a pesar de todos los horrores, sus habitantes intentan continuar con su vida cotidiana. Las sonrisas de los niños que se aprecian aquí, una buena acción de innumerables ayudantes allá. Milan capturó con su cámara estos preciosos momentos desde su perspectiva.

La guerra está macabramente cerca. Tan cerca como las espeluznantes vivencias que mis abuelos tuvieron que atravesar en la 2ª Guerra Mundial en Alemania. Y Milan quiere entrar allí ¿Puede un poeta con la guerra?

¡Sí! ¡Él puede! Su viaje periodístico es una declaración y será nuestra memoria sobre la invasión rusa a Ucrania.

“No es suficiente ser compasivo, debemos actuar.”

- Dalai Lama

Sobre un puente había un Checkpoint instalado, Milan debía atravesar ese y otros varios Blockposts para realizar su trabajo. En Kiev, por razones de seguridad, le exigieron que borre los archivos de fotos digitales tomadas con la cámara que llevaba. Eran testimonios de guerra y horror. Pero también pruebas conmovedoras de la vida y el amor que Milan había registrado y que se perdieron irrevocablemente.

Lo que él no perdió fue el coraje para continuar. Ya sea con la Nikon o con su teléfono celular, luego también bajo mucha fiebre. En Berlín, como fotógrafa, me ocupé del procesamiento digital de las imágenes. En la vida todo se reduce a la esencia. Y la esencia documentada es lo que Milan quiere mostrar en este libro.

“Invasión” despierta mi asombro. Por una parte despierta la fascinación por el anhelo de amor y paz, y por otro la capacidad de percibir una guerra real, de enfrentarla y oponerse a ella.

Sylva Hermann
Fotógrafa

Al arribar a Medyka, frontera entre Polonia y Ucrania,
se advierte la larga espera para entrar en el espacio Schengen.



La frontera entre Ucrania y la Unión Europea.
Controles y corredores de metal sin fin.



Un padre de familia revisa los papeles de los suyos antes de dirigirse al control fronterizo; primero ucraniano y luego polaco.



Tras caminar los primeros 15 km en Ucrania, me detengo a observar cuánto queda para llegar a mi primer destino.



Uno de los afiches que el gobierno ucraniano creó para motivar a su población.



En la gélida estación de trenes de Iviv,
una pasajera se calienta con el calor de una vela.



Andrii Shalabai, expolicía ucraniano,
compañero de viaje en el tren de Lviv a Kiev.



Los controles en el Puente del Norte,
generan esperas de hasta 4 horas.



Una mudanza en plena invasión rusa a Kiev.



Mariia y su perro Oscar en un transporte militar tras la entrevista.



Blockpost en Kiev.



Ruinas del centro deportivo tras otro ataque ruso en Kiev.



Violeta, joven que ayuda a la fabricación clandestina de chalecos anti balas.



Centro comercial Retroville tras el impacto de misiles rusos
y donde murió la periodista rusa Oksana Baulina.



Tren esperando salir de la estación central de Kiev.



Pasillo del vagón. Tren de Kiev a Lviv.



Jóvenes militares ucranianos.



Bodja, asistente y chofer. Un amigo.



Anciana bajo la lluvia carga víveres repartidos gratuitamente
en la estación de trenes de Lviv.



Bancas congeladas el día de la entrega de libros.



Niño con el libro recibido junto a su abuela.



Familia esperando el tren con los ejemplares obsequiados.



Tienda de campaña en la frontera entre Polonia y Ucrania.
Jonas Sjögren canta junto a su esposa, mientras otra voluntaria
conversa a través de señales con un refugiado.



Una noche en Lviv, todavía con electricidad, transitando durante las frías jornadas de la invasión rusa.



Arriesgar la vida para dar con la sonrisa de una niña,
allí radica la esperanza.





CORTOMETRAJE “23”

En honor a sus palabras, con el corazón en sus principios,
el corresponsal de guerra y poeta Milan M.A. Gonzales, emprendió
el camino hasta la guerra injusta en Ucrania para atestiguar lo que
el mundo parecía querer evadir: el atropello de una dictadura contra
una nación, con la cobardía implacable de la muerte de civiles
y la destrucción de todo, como si ello representara un triunfo.
Y esa destrucción, ese paisaje de “humo negro” y “sirenas enloquecidas”,
esos cuerpos destrozados, han propiciado un trabajo periodístico
excepcional, un ejercicio audiovisual conmovedor y una selección
de poemas que prueban también “que las palabras hacen milagros”.

Ernesto Velázquez Briseño
El Universal